

AÑO XXI.—NÚM. 6059

22 DE AGOSTO DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 22 de Agosto de 1881.

Impresiones de viaje de un japo-

—Un japonés— más ó ménos au-

téntico—recién llegado á Paris es-

te á un amigo suyo lo siguiente,

entre otras cosas: «En nuestro país

enseña que los parisienses perte-

necen á la raza blanca. No es así. Los

negros no han visto nunca á los

hereros de alquiler, ni á los ba-

nderos, ni á los mandaderos. To-

esta gente es de color de ladrillo.»

«Acabo de salir de un sitio que

me da miedo. A eso de las 2 de la tarde

estaba yo por una plaza delante de

un gran edificio cuadrado, dentro

del cual había una gran multitud

agitando y accionando de una ma-

nera descompuesta. Creí que iba á

armarse un motin. Entré. En medio

de una gran sala una porcion de in-

dividuos con los puños cerrados y

los ojos fuera de las órbitas rodea-

ban, y á algunos hombres que

gritaban todavía más. Me figuré que

iba á presenciar una ejecución capi-

tal. El palacio en que se verifican

estas saturnales se llama la Bolsa, y

así á saber por qué.»

«Hay en Paris una costumbre ex-

traña. Si un señor que necesita di-

nero tiene la desgraciada ocurrencia

de ir á pedir prestadas cinco pe-

netas lo echan á la calle llamándole

mendigo, pillo y estafador; pero si

pide unos cuantos millones y se po-

ne detrás de una verja, todo el mun-

do le lleva su dinero. Este es un ca-

so patológico muy raro, que creo in-

teresará á los médicos más eminen-

tes de nuestro país.»

«Pero ahora vés á ver lo más raro.

Si todo el mundo dá su dinero

¿en tanto afán es para volver á to-

marlo. No entiendo bien esto. Su-

cede que los otros no quieren dar la

punta, y entonces los que han en-

tergado el dinero se enfurecen y lle-

van al culpable al templo de la Bolsa

llamado así por metáfora—para

destruirla.»

«No olvidaré nunca el terrible es-

pectáculo que presencié aquel día;

los ahullidos de la junta persiguien-

do á las victimas, los rugidos de dor-

dor de estas, los sonidos roncós é

articulados que salían de los pe-

chos jadeantes y los aaridos que do-

minaban el tumulto. La bolsa... ó

la vida. Pero los otros no tenían áni-

mo de entregar la bolsa, y se armó

un alboroto tan infernal que eché á

correr como alma que lleva el diablo

sin haber podido saber quien gana-

ba, si los ladrones, ó los robados.»

«Deseando estudiar las costum-

bras de la alta sociedad he ido una

noche á un baile muy aristocrático,

que se llama Mabillé. Allí las seño-

ras levantan la pierna y con la pun-

ta del pié tratan de quitar el sombre-

ro á su pareja. Esta costumbre debe ser muy incómoda para las jóvenes que salen por primera vez al mundo, pero sin duda se la enseñan en el colegio porque me pareció que todas estaban muy familiarizadas con aquella clase de ejercicio.»

«Observo que las francesas son excesivamente amables. Al salir de Mabillé me fui por los bulevares. No puedes figurarte cuantas señoritas me saludaron ó me dijeron al oído cosas que me ruborizaban.»

«Me llamaron «hermoso» 29 veces, «rubito» 27, y no sé cuantas «remonono, salado y gachó» ¡Ah! ¡Cuántas victimas hice aquella noche!»

«Me mantuve firme y volví solo á mi fonda. Sin embargo, estas parisiensitas son deliciosas. ¿Podré resistir hasta lo último?»

«He ido también al paseo y allí he visto muchas desgraciadas sentenciadas á dar vueltas perpétuamente al rededor de un lago. Muy penosa debe ser la situación de las mujeres de la alta sociedad. Únicamente pueden residir en Paris durante el invierno; en cuanto llega el mes de Junio son expulsadas y se van á vagar por las orillas del Océano, ó á encerrarse en un castillo. Por más que he hecho no he podido averiguar que delito han cometido esas infelices para que las castiguen así.»

«Con rubor lo confieso; he sucumbido. Estaba escrito. Ni el mismo José hubiera podido tener bastantes copas para dar gusto á tantas chicas amables.»

«Días pasados fui á los grandes almacenes de La Ménégère de Chuny y vi allí una faja de una forma rarísima.»

«Pregunté á uno de los horteras para qué servía aquello, y se puso muy colorado; se lo pregunté á otro, y también se ruborizó; entonces hice la pregunta á la sensible señorita que me ha hecho descarrilar, y no se sonrojó, pero me dijo con la mayor inocencia: «Yo no llevo eso.» Esta respuesta fué para mí un rayo de luz. Todo lo comprendo. Esa faja es la causa de la agitacion de las mujeres. Por eso tienen reuniones, congresos y meetings en que hablan de muchísimas cosas que nosotros los japoneses no entendemos. Las mujeres, indignadas, quieren sacudir el yugo que les imponen los celos de los hombres.» «¡Abajo la faja! Ese es el grito de guerra.» «El espíritu libre en el cuerpo libre.» Tal es la divisa de las mujeres de Occidente.»

Si non é vero, é ben trovato.

Dice un periódico inglés que en el Japon abundan los tomadores del dos, porque solo en Tokio hay 2.000, de los cuales 200 están considerados como maestros en el arte. Comparados con los que «trabajan» en Madrid no son muchos.

Suma y sigue la moda de las exposiciones. En Abril próximo se celebrará en Berlin una de heráldica, en la que se admitirán emblemas, cuadros heráldicos, genealogías, sellos, etc.

En la gran revista pasada en Windsor el día 9 de Julio por la reina de Inglaterra, formaron 50.000 voluntarios. El desfile duró una hora y 45 minutos, yendo á la cabeza los voluntarios de marina en número de 1.200 que fueron muy aplaudidos por los espectadores. El príncipe de Gales mandaba el regimiento de artillería de Londres y su hermano el duque de Connaught, la segunda división.

El día 25 de Agosto tendrá lugar la revista de los voluntarios escoceses, calculándose en 40.000 el número de los que formarán.

Sobre las operaciones militares del ejército francés, dirigidas contra el feroz jefe insurrecto Bou-Amema, publica «Le Temps» una correspondencia suscrita por un individuo de la columna Colonien, de la cual creemos reproducir los siguientes párrafos.

«Nuestra marcha, dice, fué penosísima á causa del sirocco que reina hace más de 10 días en la region de las Altas Mesetas. Las fuerzas de Infantería dieron pruebas de una energía, de una abnegacion y de un sentimiento del deber verdaderamente admirables.

La primera etapa fué el Kreider, punto importante por su dotacion de agua situado al Norte del Chott, á 80 kilómetros de Saida. El Kreider es un grupo de casas desparramadas por la llanura, y en medio de ellas tiendas de nómadas plantadas aquí y allá. Solo algunos huertos plantados de viñas y albaricoques indican algun cultivo. La localidad es pantanosa y mal sana, y sus habitantes son pechosos de simpatizar con Bou-Amema y servirle de espías. El Kreider está llamado á adquirir gran importancia estratégica por cruzarlo el trazado del ferro-carril, cuyas obras han de comenzar en breve, á la vez que las fortificaciones necesarias para asegurar su conservacion.

Los manantiales han disminuido considerablemente. Los 22 pozos que había en el Sfid han bajado 10 centímetros solo desde que estuvo allí concentrándose la columna Colonien. En el Kreider los árabes cambiaron el curso de las aguas, que fueron á perderse.

El país que se extiende desde el Norte de los Chottis hasta Geryville, es un desierto inhabitable, pelado, sin agua. Desde Ain el Hadjar, que está á doce kilómetros de Saida, hasta los primeros Ktsurs, es decir, en una extension de más de 200 kilómetros, el agua no existe más que en al-

gunos puntos, separados entre sí por uno ó dos días de marcha. En Kral fallah no hay más que un manantial salobre, y en Morbah, 40 kilómetros más allá, ni aun salobre. En este punto los soldados tienen que esperar, como los hebreos el maná, el agua caliente que traen los trenes espedales en cajas de hierro ardiendo. Aun este recurso es muy irregular, pues he visto en Morbah que un tren de agua que debía llegar á medio día llegó catorce horas después.

El agua. Esta es la piedra de cho que de todas las empresas y de todas las expediciones en el Sur. La columna Colonien llevaba 500 toneles de 60 litros cada uno, cuyo transporte exigió la agregacion de 140 mulos á los 120 del bagaje y á los 2.000 camellos del convoy de víveres.

El conjunto complicado de pormenores de toda clase que exige la partida de una columna expedicionaria al Sur, constituye un verdadero mecanismo. No hay que pensar en vivir sobre el país, en exigir relaciones á los habitantes, en ordenar requisas; la columna tiene que vivir de sí misma, de lo que lleva. Del país que atraviesa no tiene que esperar más que obstáculos y asechanzas. Y así como la columna trata de reducir á la impotencia al enemigo por medio de razzias, así también este trata de detener la marcha de la columna por medio de ataques al convoy para quitarle su subsistencia y obligarla á retroceder.

CRONICA

«El Semanario Familiar Pintoresco», que publica la acreditada casa catalana de D. Salvador Manero, es un periódico digno de ser adquirido, por toda persona aficionada á la buena lectura. El número 115 repartido últimamente, contiene grabados y artículos sumamente curiosos.

Recomendamos esta publicacion.

Rogamos al Sr. Alcalde dé sus órdenes, con el fin de que sea posible el tránsito por determinadas calles de Cartagena. No se contentan los vecinos con ocupar las aceras con sus tertulias, ocupan también el empedrado, y las losas de la acera, sirven de blando lecho á chiquillos y casi á grandes en traje completamente primitivo.

Verdad es que llevamos unos días de excesivo calor, pero también vá á ser preciso establecer un paso por los terrados, supuesto que por las calles vá siendo absolutamente imposible.